

CAPÍTULO PRIMERO

EL PROBLEMA QUE NO TIENE NOMBRE

El problema permaneció latente durante muchos años en la mente de las mujeres norteamericanas. Era una inquietud extraña, una sensación de disgusto, una ansiedad que ya se sentía en los Estados Unidos a mediados del siglo actual. Todas las esposas luchaban contra ella. Cuando hacían las camas, iban a la compra, comían emparedados con sus hijos o los llevaban en coche al cine los días de asueto, incluso cuando descansaban por la noche al lado de sus maridos, se hacían, con temor, esta pregunta: ¿Esto es todo?

Durante más de quince años no se dijo una palabra sobre esta ansiedad entre los millones de palabras que se escribieron acerca de la mujer en artículos de periódicos, libros y revistas especializados, cuyo objeto era sólo buscar la perfección de la mujer como esposa y madre. Repetidamente la mujer oyó la voz de la tradición y el sofisma de Freud de que una mujer no puede desear un mejor destino que la sublimación de su propia feminidad. Los especialistas en temas femeninos le explicaron la forma de atrapar a un hombre y conservarlo, cómo amamantar y vestir a un niño, cómo luchar contra las rebelías de los adolescentes; cómo comprar una máquina lavaplatos, amasar el pan, guisar unos caracoles y construir

una piscina con sus propias manos; cómo vestirse, mirar, ser más femenina y dar más atractivo a la vida conyugal; cómo prolongar lo más posible la vida de su marido y evitar que sus hijos llegasen a ser unos delincuentes. A la mujer se le enseñó a compadecer a aquellas mujeres neuróticas, desgraciadas y carentes de feminidad que pretendían ser poetas, médicos o políticos. Aprendió que las mujeres verdaderamente femeninas no aspiran a seguir una carrera, a recibir una educación superior, a obtener los derechos políticos, la independencia y las oportunidades por las que habían luchado las antiguas sufragistas. Algunas mujeres, entre los cuarenta a los cincuenta años, aún recordaban con pena su renuncia a aquellos sueños, pero la mayoría de las jóvenes ya no pensaban en ello. Miles de voces autorizadas aplaudían su feminidad, su compostura, su nueva madurez. Todo lo que tenían que hacer era dedicarse desde su más temprana edad a encontrar marido y a tener y criar hijos.

Hacia el final de la década 1950-1960, el promedio de la edad en que contraía matrimonio la mujer en los Estados Unidos descendió a veinte años y aún continuó bajando. Catorce millones de muchachas estaban prometidas a los diecisiete años. La proporción de mujeres que iban a la Universidad, en comparación con los hombres, descendió de un 47 por 100 en 1920 a un 35 por 100 en 1958. Un siglo antes, la mujer había luchado por obtener una educación superior; ahora las muchachas iban a la Universidad a "pescar" marido. En 1955, un 60 por 100 salió de la Escuela Superior para casarse, o porque temían que una educación excesiva constituiría una barrera para el matrimonio. En las residencias escolares se establecieron dormitorios para matrimonios de estudiantes, pero los estudiantes eran casi siempre los maridos. Se creó un nuevo grado para las esposas (P.H.T., Putting Husband Through): ayudar al marido a estudiar.

Las chicas norteamericanas comenzaron a casarse durante el Bachillerato. Y las revistas femeninas deploraron las alarmantes estadísticas que resultaban de estos jóvenes

matrimonios e influyeron para que se creasen cursos y consejeros matrimoniales en las escuelas de enseñanza media. Las chicas empezaron a tener novio formal a los doce y a los trece años. Los confeccionistas de ropa interior femenina lanzaron sostenes con falsos senos de espuma de goma para niñas de diez años. Y en un anuncio tamaño tres por seis centímetros de ropa para niña, en el *New York Times* del otoño de 1960, se leía: "También pueden incorporarse *ellas* a la caza del hombre."

Hacia 1960 la natalidad en los Estados Unidos estaba alcanzando el nivel de la India. Se pidió al movimiento de control de natalidad, rebautizado con el nombre de Paternidad Dirigida, que buscara un método que permitiera seguir teniendo hijos a las mujeres a las que antes se les había aconsejado evitar el nacimiento de un tercero o cuarto hijo porque podían nacer muertos o defectuosos. Los estadistas estaban particularmente alarmados por el fantástico aumento del número de hijos que tenían los estudiantes. Así como anteriormente solían tener dos hijos, ahora tenían cuatro, cinco o seis. Las muchachas que en otro tiempo estudiaban para seguir una carrera, iban a la Universidad para tener hijos; esto dio motivo a que la revista *Life* entonase en 1956 un canto de alegría por el triunfo del movimiento en favor del regreso al hogar de la mujer norteamericana.

En un hospital de Nueva York, una mujer sufrió un ataque de histerismo cuando le dijeron que no podía amamantar a su hijo. En otros hospitales hubo mujeres enfermas de cáncer que se negaron a tomar un medicamento en cuya experimentación se había comprobado que podía salvar sus vidas, pero cuyos efectos secundarios, se decía, provocaban la esterilidad. "Si sólo tengo una vida, déjenme vivirla de rubia", exclamaba una hermosa e inexpresiva mujer desde un anuncio a toda plana en periódicos y revistas y en enormes carteles en los escaparates y, como consecuencia, a través de todo el territorio de los Estados Unidos, tres de cada diez mujeres se tiñeron el pelo de rubio. Las mujeres comían una especie de yeso llamado

metrecal como todo alimento, para amoldar su talla a la de las jóvenes y delgadas modelos. Los fabricantes de ropa femenina informaron que la talla de la mujer norteamericana había disminuido en tres y cuatro puntos. "Las mujeres tratan de adaptarse al tamaño del vestido, cuando debía ser al revés", dijo un comprador de modelos femeninos.

Los decoradores de interiores diseñaban cocinas con mosaicos y pinturas murales, ya que la cocina había vuelto a ser el centro de la vida de la mujer. Coser en casa se convirtió en una industria poderosa. Muchas mujeres no salían de sus casas si no era para ir de compras, llevar a pasear a sus hijos o acompañar a sus maridos a alguna fiesta social ineludible. Las mujeres fueron educadas para ocuparse exclusivamente de su hogar. Hacia el año 1960 se observó un súbito viraje sociológico; una tercera parte de las mujeres trabajaban, pero en su mayoría no eran jóvenes y muy pocas habían seguido una carrera. Eran mujeres casadas que tenían empleos durante parte del día, como vendedoras o secretarias, para ayudar a contribuir al pago de una hipoteca. O bien se trataba de viudas que tenían que mantener una familia. Cada vez había menos mujeres que efectuasen un trabajo profesional. La escasez de enfermeras especialistas en asistencia social y profesoras ocasionó serios problemas en casi todas las ciudades de los Estados Unidos.

Preocupados por la supremacía de la Unión Soviética en la carrera del espacio, los sabios norteamericanos observaron que la mayor fuente no utilizada de potencia intelectual era femenina. Pero las jóvenes no querían estudiar Física: "no era *femenino*". Una muchacha rechazó una beca en el Hospital John's Hopkins para colocarse en una agencia inmobiliaria. Lo único que deseaba, dijo, era lo mismo que cualquier otra chica norteamericana: casarse, tener cuatro hijos y vivir en una bonita casa de un barrio residencial.

Ser ama de casa en un barrio residencial era el sueño dorado de todas las jóvenes norteamericanas y la envidia,

se decía, de las mujeres de todo el mundo. Las amas de casa norteamericanas, liberadas gracias a la Ciencia y a los aparatos electrodomésticos de sus duras faenas, de los peligros del parto y de las enfermedades de sus abuelas, eran sanas, hermosas y bien preparadas; se ocupaban sólo de sus maridos, de sus hijos y de sus casas. Habían encontrado la verdadera ocupación femenina. Como amas de casa y madres eran respetadas en la misma forma que lo eran sus maridos en su mundo. Podían elegir libremente sus automóviles, sus trajes, sus aparatos electrodomésticos, sus supermercados; tenían todo lo que la mujer había soñado siempre.

Quince años después de la Segunda Guerra Mundial, esta mística de la perfección femenina se convirtió en el centro de la cultura contemporánea norteamericana. Millones de mujeres vivieron sus vidas según la imagen que sugerían aquellas fotografías de las amas de casa norteamericanas despidiendo con besos a sus maridos desde la ventana, conduciendo su furgoneta atestada de niños a la escuela y sonriendo mientras hacían funcionar su nueva encerradora eléctrica sobre el inmaculado suelo de su cocina. Amasaban su propio pan, cosían sus vestidos y los de sus hijos, tenían sus máquinas de lavar y secar funcionando todo el día. Cambiaban las sábanas de las camas dos veces por semana en lugar de una, aprendían a hacer ganchillo y se compadecían de sus pobres madres, mujeres frustradas que habían soñado con estudiar una carrera. Su único sueño era ser perfectas esposas y madres; tener cinco hijos y una hermosa casa; su única lucha: "pescar" y conservar un marido. No tenían ninguna opinión sobre los problemas no femeninos del mundo: deseaban que fuese el hombre el que tomara las decisiones importantes. Se glorificaban de su papel de mujeres y escribían orgullosamente en la hoja de empadronamientos: "profesión, ama de casa".

Durante más de quince años la literatura destinada a las mujeres, los temas de conversación de las amas de casa, mientras sus maridos sentados en el extremo opuesto de

la habitación hablaban de sus negocios, de política y de fosas sépticas, giraban en torno a los problemas de sus hijos, al modo de hacer felices a sus maridos, de mejorar la educación de los niños, de cómo solucionar la escasez de servicio, o de la manera de asar un pollo o hacer fundas para los muebles. Nadie discutía si la mujer era superior o inferior al hombre; simplemente, eran diferentes. Palabras como "emancipación" y "carrera" sonaban de forma extraña y embarazosa; nadie las había utilizado durante muchos años. Cuando una escritora francesa llamada Simone de Beauvoir publicó un libro titulado "El Segundo Sexo", un crítico norteamericano opinó que era evidente que aquella mujer "no sabía lo que era la vida". Además, se trataba de la mujer francesa: el "problema de la mujer" en los Estados Unidos ya no existía.

Cuando durante la década de 1950 a 1960 una mujer tenía un problema, era porque algo iba mal en su matrimonio o en ella misma. "Otras mujeres están satisfechas con la vida que llevan —pensaba—. ¿Qué clase de mujer soy yo, si no soy capaz de comprender esa misteriosa satisfacción de encerar el suelo de mi cocina?" Se sentía tan avergonzada de tener que admitir su descontento, que no llegaba a darse cuenta de que otras mujeres lo compartían. Si se decidiera a decírselo a su marido, éste no comprendería de qué le hablaba. Ni ella misma verdaderamente lo entendía. Durante más de quince años a la mujer, en los Estados Unidos, le resultaba más embarazoso hablar de esta cuestión que de los problemas sexuales. Ni siquiera los sicoanalistas tenían un nombre para definirlo. Cuando una mujer recurría a un siquiatra, cosa que ocurría con frecuencia, decía "me siento avergonzada", o "debo tener una neurosis terrible". "No sé qué es lo que va mal en la mujer de hoy —afirmó un siquiatra—. Sólo sé que hay algo que no va bien en la vida femenina, ya que la mayoría de mis pacientes son mujeres. Y su problema no es sexual." No obstante, la gran mayoría de las mujeres no iban a consultar a los sicoanalistas.

Realmente no me ocurre nada, se decían a sí mismas, no tengo ningún problema.

Pero una mañana de abril de 1959 oí decir a una madre de cuatro hijos, cuando estaba tomando café en compañía de otras cuatro madres, en un barrio residencial a quince millas de Nueva York, en un tono de desesperación: "El problema." Y las otras cuatro sabían que no estaban hablando de un problema relacionado con su marido, sus hijos o sus casas. Súbitamente se dieron cuenta de que todas tenían el mismo problema, *el problema que no tenía nombre*. Comenzaron, con cierta vacilación, a hablar de él. Más tarde, después de haber ido a recoger a sus hijos a la guardería infantil, de haberlos llevado a casa y de acostarlos, dos de ellas, al darse por fin cuenta de su soledad, tuvieron una crisis nerviosa. J

Poco a poco llegué a comprender que el problema que no tenía nombre era compartido por innumerables mujeres de los Estados Unidos. Como redactora de una revista, entrevistaba a menudo a las mujeres sobre los problemas que tenían con sus hijos, con sus maridos, en sus hogares o con sus vecinos. Pero al cabo de algún tiempo empecé a reconocer los signos delatores de este otro problema. Vi iguales síntomas en las casas de los barrios residenciales y en las de la clase media, en Long Island, en Nueva Jersey y en Westchester; en las casas coloniales de una pequeña ciudad de Massachusetts; en las casas de vecindad de Memphis, en los chalets de las afueras y en los apartamentos de la ciudad. Algunas veces sentía el problema no desde el punto de vista del periodista, sino desde el de ama de casa de un barrio residencial, ya que durante este tiempo también yo eduqué a mis hijos en Rockland County, en el estado de Nueva York. Percibí ecos del problema en los dormitorios de los colegios y en las guarderías infantiles, en las reuniones de la P.T.A. (*) y en los almuerzos de la Liga de Mujeres Electoras, en las

(*) *Parents and Teachers Association* (Asociación de Padres y Maestros). (N. del E.)